

## MEMORIA Y MUJER EN LA PERPETUACION DE LA GRACIA

Autor: Adriana Crolla

Artículo publicado en la revista *Sensación de cultura*, dirigida por la poeta Elda Massoni. Rafaela, septiembre 1997 – pp. 16-18. N° 23. Edición especial dedicada a Lermo Rafael Balbi. ISSN 0328-1957

Rafaela, y toda su zona de influencia, es un espacio particularmente rico en experiencias de transculturación, fundamentalmente del imaginario piemontés. Uno de sus más insignes escritores, Lermo Rafael Balbi, dejó registro a través de su escritura de esa particular visión de la realidad que la presencia de la italianidad, como gran sistema de resignificación, operó a partir del proceso histórico de ocupación del espacio santafesino y que contribuyó a conformar su entramado social.

Balbi pertenece a una segunda generación de escritores de raigambre itálica, los que nacieron cerca de la segunda mitad del siglo y cuya voz no se encuentra ligada ya al discurso épico apoteósico de los anteriores (Pedroni, Vecchioli, Carlino, etc). Su deber, entiende, es fundar visiones de mundo surgidas de una voluntad obsesiva de acudir a la escritura para recuperar por vía de la memoria, el mítico país de la infancia donde se consolidaron los núcleos fundantes de la memoria colectiva.

**“Todos mis antepasados, sin excepción, fueron campesinos. La tierra, los ciclos del tiempo, la labor agrícola, necesariamente fueron los temas fundamentales donde transcurrió mi niñez”,** afirmó alguna vez.

Los títulos de sus dos novelas señalan metafóricamente esa necesidad de inscribir con palabras, las vivencias del viaje iniciático del pueblo piemontés, desde la soledad y dolor del desarraigo a la conformación y apropiación del mítico “corazón” de la tierra: **Corda**, nombre que simboliza todos los pueblos nacidos, corazón en mano, de la estirpe piemontesa itinerante que pervive en la voz del poeta que se transforma en cronista de lo inevitable:

*“Los nombres de la tierra”* es la epopeya de un pueblo en búsqueda de su destino hacia la raíz de la semilla. Balbi, desde el epígrafe, asume la responsabilidad de dar carnadura a la matriz histórica del relato: **“Si lo aquí narrado no hiciera pensar que fue inspirado por hechos y personajes reales, la responsabilidad es únicamente del autor”**.

Pero además, en las palabras con que concluye el relato, deja sembrado el polen nutricional que con la ayuda del viento insembrará futuras escrituras:

**“Después, con los años, alguien de los que habían aprendido a escuchar ese viento, y desde allí todos los vientos que pasaron a su lado, iba a engendrar a un hombre, y éste a su vez a otro que nació para volver al viento la historia de todos ellos, con palabras nuevas y voladoras, porque las palabras son también en definitiva, de viento”**

*“Continuidad de la gracia”*, novela inédita durante dos largas décadas, puede ser entendida como una continuación (su título lo sugiere) de la peregrinación anterior. Pero su ecléctismo, pluralidad y explícita intencionalidad de constituirse en registro de tantas historias y voces fundacionales, la muestran más bien, como un moderno Decamerón plural donde convergen y se mezclan todos los discursos, todas las experiencias vitales que signaron el proceso de apropiación de la tierra y toda la riqueza de lo real.

El tono épico externo, que da a la primera novela la 3ra persona de la voz narrativa, cambia rotundamente en esta segunda obra, hacia una intencionalidad más intimista y explícitamente autobiográfica.

**“Esto no es un diario, apenas un ejercicio de anotaciones por si algún día me atrapa el deseo de perdurar y hacer una novela con mi vida, con todas mis vidas y con las ajenas y la urdimbre que entre ellas se teje desde una potestad oculta, desesperadamente inabordable para ojos y otros sentidos humanos”**

El punto de vista nucleante de un “yo” narrador (alter ego del autor) instituye la “continuidad” que enlaza aquella tragedia colectiva de desarraigo-arraigo: el penoso proceso de la diáspora desde el Piemonte natal a las pampas santafesinas, hacia el relato del propio desarraigo: el necesario abandono del espacio mítico del campo infantil, para “continuar” en la ciudad buscando la “gracia” de las iniciales utopías:

**“Una generación entera de rudos labradores que habían tenido tiempo escaso para acceder a los libros ...porque más importante que palabras escritas eran brazos y manceras, y de pronto uno de ellos deserta y traiciona la causa de las simientes y las cosechas, abandonándolos no sólo a su ignorancia, sino también a su estupor...Al final los conquistó el título que me fui a buscar a una ciudad grande en donde se coforman las mentes que burlarán el anonimato de la masa. Y el horizonte del inmigrante comenzó a mirarse desde más arriba y con ello también a caérseles a pedazo el sueño dorado de conquistar la tierra más y más”**

#### LA MUJER: VOCES DEL ARRAIGO Y LA GRACIA

En la cosmovisión itálica permanecen vivas y operantes marcas de la romanidad. Entre ellas, es importante destacar la pervivencia de la figura nucleante de la “matrona romana”.

A diferencia de la mujer griega, la mujer romana reinaba en el seno de la familia rigiendo y controlando el ámbito de la casa, mientras el hombre se desarrollaba en el Foro: la política y la guerra eran sus ocupaciones.

Al transplantarse a estas tierras, le cupo a la mujer, y lo hizo con valentía indeclinable, asumir el rol plural de “masculina fiereza” para acompañar al hombre en el agotador trabajo de “domar” la tierra indómita, de productora de fuertes y numerosos brazos para poblar la casa, de factor aglutinante de la progenie al espacio familiar y de custodia de las costumbres y vivencias de la estirpe natal.

Por ello, los saberes ancestrales, las voces de la memoria y de la prudencia, el poder de mando, aparecen reflejados en los textos de Balbi en fuertes personajes femeninos. Analizaremos algunos rasgos en personajes de la última novela.

Al comenzar “*Continuidad de la gracia*”, nos topamos con la transcripción de una carta auténtica, la que la inmigrante Catalina Lucca de Maine envió a su hermano Simón poco después de llegar a estas tierras. En ella le relata las vivencias del viaje, las penurias y esperanzas depositadas en la nueva tierra, así como sabios consejos sobre la realidad de ese agónico proceso. A lo largo del sencillo y afectivo discurso, la voz femenina va condensando los leit motifs que signan la estirpe de la italianidad: **valor del trabajo, importancia de la estirpe y la unión familiar:**

**“...rezamos el rosario pidiéndole por la continuidad de la gracia y que nos ampare para que un día, cuando tengamos la familia hecha y los hijos grandes, podamos decir que lo que hemos venido a buscar en América lo hemos encontrado, y a ellos se lo dejamos como herencia para que lo mejoren y, a su vez, lo entreguen a sus**

## **propios hijos que han de continuar la raza de nosotros los italianos por los siglos de los siglos” (8)**

En esta carta, aparece mencionado Bernardo Racca y su familia, historia que volverá a ser retomada en un capítulo inserto y que reelaborada posteriormente por el mismo autor, constituirá la matriz del texto dramático: *“Adios, adios, Ludovica”*

La Vica Racca, vieja matrona de más de 80 años quien, recluida en su cama de dorado bronce, comanda todavía la vida económica y cotidiana de la familia. Nada se realiza sin su supervisión o permiso, ni el hijo mayor, su natural heredero, se atreve a tomar decisiones sin consultarla y las cinco nueras funcionan como un coro griego, litigante y celoso entre ellas, pero siempre presto a ejecutar sus órdenes.

**“No me interesa si se necesita o no se necesita porque en esta casa mientras yo viva, yo soy la que manda”**

La historia se ubica cronológicamente, como lo explica con posterioridad el autor en el prólogo a la obra teatral, en un año clave de la historia argentina: 1944. Es el momento en que las viejas familias campesinas empiezan a desintegrarse y la muerte de la “mare” factor todavía de cohesión posibilitará la diáspora tras sueños ciudadanos que llevarán a los hijos y nietos a la pérdida de futuro e identidad.

La historia de Ludovica patentiza ese largo proceso de doloroso desarraigo de la inocente “ragazza di quattordici anni” , traída a América por un marido trabajador pero muerto demasiado pronto, el agónico y solitario esfuerzo de llevar adelante la familia y el patrimonio familiar y la dolorosa certeza , en los momentos finales, de la próxima destrucción de lo construido y de la necesidad de ejercitar la memoria:

**“La memoria es una cosa que se va y el tiempo la hace cada vez más débil como un hilito que un día se corta y ya no puede arrastrar los recuerdos. Sin embargo yo hago memoria de lo de antes, de todo lo que nos podemos acordar los viejos..”**

Ludovica se erige en el arquetipo femenino de una época de promisión rural que tantos inmigrantes ayudaron a conformar, ida para siempre tras los vientos de utopía del nuevo orden industrial con el peligro que comporta el olvido de los valores ancestrales.

Otro personaje femenino fuerte en la novela es la dulce Tía Luisa, siempre sabia, siempre dispuesta a proteger, a asumir el rol de madre sustituta hacia Miguel ,el protagonista que viene a ver al tío moribundo muchos años después de haber abandonado esa casa protectora. La tía Luisa que debió asumir la responsabilidad de su crianza cuando lo mandaron del campo a la ciudad para concurrir a la escuela . Aquella tía Luisa que lo inició en la vida, en los placeres de la comida y le ha mantenido vivos los recuerdos colectivos.

Al finalizar la novela, otra carta cierra el ciclo. Otra voz femenina, esta vez la materna, cuenta noticias de los habitantes del pueblo al exiliado de Corda.

Las noticias hablan de la Tía Luisa, ya viuda, que ha regresado finalmente al “aquí” del pueblo natal, a las raíces y que en el viaje de regreso se ha encontrado con una nieta de Vica Racca quien, para subsistir en la ciudad ha debido prostituirse.

**“Fijate que el mundo es un pañuelo; en el ómnibus viajaba también la Eulalia Viarengo, la nieta de Vica Racca, te acordás?...La Eulalia en el camino le contó todo y le dijo que se venía de vuelta, pero no sé con qué cara va a mirar a la gente después de la vida que estuvo haciendo”**

Los míticos mercachifles Ismael y Pedro, ángeles cocheros que transportan el alma de Vica al cielo al final de *Adios, adios, Ludovica*, aparecen también en este final para conducir a las mujeres que regresan al “aquí” del Corda campesino. Corazón materno

siempre dispuesto a recibir a los hijos pródigos y donde, mientras haya voces dispuestas a mantener vivo el relato de la gesta, toda continuidad de la gracia está asegurada:

**“Vuelvo a doblar la carta, la pongo en el sobre, pienso en Tía Luisa y en la Eulalia; finalmente en los viejos mercachifles con su volantita de lata; hacía años que nadie me decía nada de ellos, hasta creía que estaban muertos. Pero se ve que no.”**